El Abencerraje

Lectulandia

Uno de los más bellos sueños de hermandad entre las culturas y las religiones que ha dado la literatura española.

La frontera andaluza entre cristianos y musulmanes es el escenario de esta obra única, una joya de nuestra narrativa renacentista, marcada por un estilo ágil, emotivo y dotado de una cautivadora visión humanista. Desde su publicación, en el siglo XVI por autor desconocido, la historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa se convirtió en una obra muy popular y ha llegado hasta nuestros días en tres versiones [1561-1565] debidas a tres autores diferentes. La edición que se incluye aquí, proviene de la versión incluida en el *Inventario* de Antonio de Villegas (1565) —edición de Francisco del Canto, en Medina del Campo en 1565—, y es considerada como la más pulida, acabada y completa.

El joven Abindarráez, superviviente de la estirpe de los abencerrajes, se ampara en la oscuridad para traspasar la frontera entre reinos. Allí es sorprendido por Rodrigo de Narváez y, a pesar de enfrentarse a cinco cristianos, se defiende de forma heroica. El arrojo del joven granadino conmueve a Rodrigo de Narváez y, tras escuchar su relato, le lleva a tomar una decisión sorprendente: lo dejará en libertad durante tres días para que pueda cumplir su misión, bajo palabra de regresar a la fortaleza para entregarse. La de Abindarráez es la historia de un amor clandestino: su cometido es ir en busca de la hermosa Jarifa para casarse con ella.

El Abencerraje sigue siendo hoy una lectura emocionante: nos muestra el pacto entre dos hombres que, enfrentados por la religión y la guerra, saben ver en sus corazones todo aquello que nos hace iguales.

En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas, gramaticales y tipográficas de la edición de la Compañia Ibero-Americana de Publicaciones de 1925, a partir de la cual se ha realizado esta.

Anónimo

El Abencerraje

Versión del «Inventario» de Antonio Villegas

ePub r1.0
emiferro 18.02.2022

Título original: *El Abencerraje*
Anónimo, 1565
Edición original: Edición de Francisco del Canto, en Medina del Campo en 1565
Imagen de cubierta: El último abencerraje de Ignacio Merinoca (1865-ca1876)
Imágenes: De la edición 1565
Diseño de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro
ePub base r2.1

NOTA SOBRE LAS EDICIONES

La *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa* es una novela morisca escrita en el siglo XVI español. La novela es anónima, pero algunos estudiosos creen que su autor podría haber sido Jerónimo Jiménez de Urrea.

La historia debió componerse entre 1550 y 1560, apareciendo por primera vez en una edición de Toledo de 1561, la edición *Chrónica*.

En primer lugar, se conserva en dos textos la versión que se titula *Parte de la Corónica del ínclito Infante Don Fernando,* precedida por una dedicatoria a Hierónimo Ximénez Dembún, gracias a la que Henri Mérimée pudo aventurar una fecha aproximada de su aparición: no pudo ser anterior a 1548. No corresponde, en rigor, al texto original, pero es la que más próxima está de él entre las que se han conservado. Nos ha llegado en forma de opúsculo de escasa calidad, en dos ejemplares procedentes de imprentas distintas, a los que faltan algunas páginas, si bien por fortuna no se trata de las mismas y de este modo pueden completarse.

Una versión, a todas luces remozada sobre la anterior, fue la que apareció incluida en el *Inventario* de Antonio de Villegas, hacia el 15 de Junio de 1565 —fecha de su privilegio— en la imprenta de Medina del Campo, que sin embargo pudo muy bien circular manuscrita desde 1551, fecha que en la solicitud de su licencia de impresión consta se consiguió por primera vez, pero que el autor, por motivos desconocidos, no llegó a utilizar, y acabó perdiendo su validez.

En último lugar, queda por aducir una tercera versión del Abencerraje que se interpoló al final del capítulo cuarto de la *Diana* de Jorge de Montemayor; la primera edición conocida que incorpora el relato es la edición vallisoletana fechada el 10 de Octubre de 1561, que se acabó de imprimir, como consta en su última hoja, el 7 de Enero de 1562, por Francisco Fernández de Córdoba. Es la más alejada del texto original y la que se permite más licencias, aunque conoce las otras dos y las compulsa en alguna escena.

La crítica ha preferido siempre, dadas su pulcritud y austeridad estilísticas, priorizar la versión del medinense Antonio de Villegas, en la que

se basa la presente, pese a que un análisis pormenorizado de las variantes arroja la conclusión de que no es el suyo el texto más cercano al original, además de que añade una larga interpolación que poco o nada tiene que ver con el espíritu del cuento.

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Esta edición digital se ha realizado a partir del libro *Abingarráez y Jarifa* —que, erroneamente se asigna a Villegas— de la Compañia Ibero-Americana de Publicaciones (CIAP) de 1925, copia bastante fidedigna del *Inventario* de Antonio de Villegas, edición de Francisco del Canto, en Medina del Campo en 1565.

El texto que se puede leer en esta edición corresponde al de la CIAP, que actualizaba el de la versión de Villegas, cambiando las grafías de algunas letras, se desarrollando algunas abreviaturas y aglutinaciones, y adoptando las normas de acentuación y puntuación, pero manteniendo algunos vocalismos ya en desuso en 1925.

Del *Inventario* se han utilizado en esta edición las imágenes de las letras capitales y de algunos adornos que el texto de Villegas contenía, así como se han reproducido las portadas y algunas partes de dicho texto. Se ha intentado, así mismo, reproducir algunas de las partes más vistosas de dicha edición.



INVENTARIO.

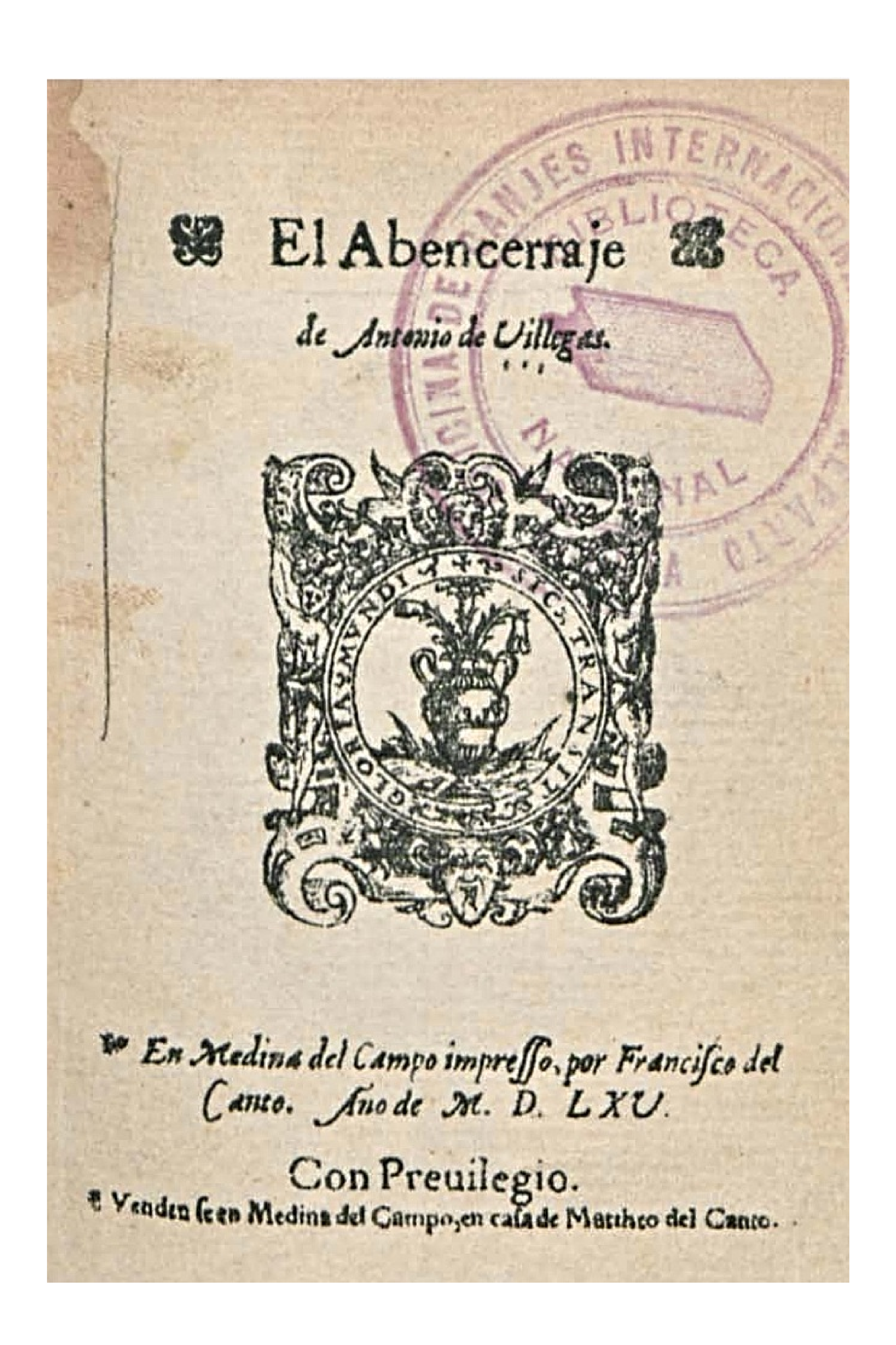
De Antonio de Villegas, Dirigido ala Mageſtad Real del Rey Don Phelippe, nueſtro ſeñor.

En Medina del Campo impreſſo, por Franciſco del Canto. Año de M. D. LXV.

Con Preuilegio.

Venden ſe en Medina del Campo, en caſa de Mattheo del Canto.

esta tasado en 90 mrs



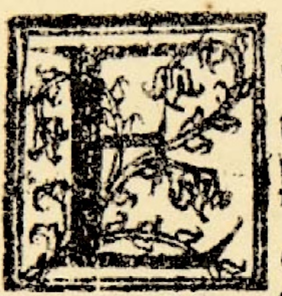
El Abencerraje

de *Antonio de Villegas.*

En Medina del Campo impresso, por Francisco del Canto. Año de M. D. LXV.

Con Preuilegio.

Vendense en Medina del Campo, en casa de Mattheo del Canto.



STE Es vn viuo retrato de virtud, liberalidad, esfuerço, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Naruaez, y el Abencerraje, y Xarifa, su padre, y el rey de Granadel qual, aunque los dos formrron y dibuxaron todo el cuerpo, los de mas no dexarõ de illustrar la tabla, y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamãte engastado en oro, o en plata, o en plomo, siempre tiene su justo y cierto valor, por los quilates de su oriente: assi la virtud en qualquier dañado subjecto que assiente, resplãdesce y muestra sus accidẽtes: bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que cayendo en buena tierra se acrescienta, y en la mala se perdio.

STE es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje y Jarifa, su padre, y el rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo, los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata o en plomo siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente, así la virtud en cualquier dañado sujeto que asiente, resplandece y muestra sus accidentes, bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que cayendo en buena tierra se acrecienta y en la mala se perdió.



Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos Romanos y Griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban a las estrellas. Hizo, pues, este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole también alcaide de Alora; de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo, a los gajes del rey[1] para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba, como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

—PAréceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo a las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería yo de dar mala cuenta de mi y de mi oficio, sí teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será

bien dar a entender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase a buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo: —Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y sl acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo: —Tenéos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente—. Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota[2] de carmesí, y un albornoz[3] de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una darga[4] y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

NAscido en Granada,
criado en Cártama,
enamorado en Coín,
frontero de Alora.

AUnque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta

que dieron sobre él. El, viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas, fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fué a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrentados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo se le pasara todo. El, con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

ROdrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía a los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. El le dijo: —Moro, vénte a mí, y sí tú me vences, yo te aseguro de lo demás—. Y comenzaron a trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada a Rodrigo de Narváez, que a no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. El, en recebiendo el golpe, arremetió a él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó a brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo: —Caballero, date por vencido, sí no, matarte he. —Matarme bien podrás —dijo el moro—que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció—. El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su costumbrada o virtud, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado, y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho

esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

—Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía[5] que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse dél, le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado; sí os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía, le dijo: —¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

El le dijo: —A mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo: —Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os vi sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran sospiro, le dijo:

—RODRIGO de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento a lo que te dijere, y verás sí bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre cautivo: a mi llaman Abindarráez el Mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto:

HUbo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino.

Dicese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición: no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo a dos destos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar; porque a dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas a quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que sí a precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! ¡cuánto tarda en crecer un árbol y cuán presto va al fuego! ¡con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema! ¡cuántos podrian escarmentar en las cabezas destos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice casó que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, a condición que los hijos que les naciesen enviasen a criar fuera de la ciudad, para que no volviesen a ella, y las hijas casasen fuera del reino.

RODrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:

—Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que, siendo ellos tales, cometiesen traición.

—Es como yo lo digo—dijo él—; y aguardad más y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos a ser desdichados.

YO salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme a Cártama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí; porque, allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natura amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme a Salmacis[6], y dije entre mí: «¡Oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa!» ¡No sé cómo me pesó que fuese mi hermana! Y no aguardando más fuime a ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió a recebir, y sentándome junto a sí me dijo:

—Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

Yo la respondí:

—Señora mía, porque ha gran rato que os busco; nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme agora: ¿qué certenidad tenéis vos de que seamos hermanos?

—Yo—dijo ella—no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.

—Y sí no lo fuéramos—dije yo—, ¿quisiérasme tanto?

—¿No ves—dijo ella—que a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

—Pues sí ese bien me habían de quitar—dije yo—más quiero el mal que tengo.

Entonces ella, encendido su hermoso rostro en color, me dijo:

—¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

—Pierdo a mí y a vos—dije yo.

—Yo no te entiendo—dijo ella—; mas a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente.

—A mí sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces. Y con esto, bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, vila en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que dondequiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera.—Y decíame yo a mi mismo, (y pesárame que alguno me lo oyera): «SI yo me anegase agora en esta fuente donde veo a mi señora, ¡cuánto más disculpado moriría yo que Narciso[7]! Y sí ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y sí la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía!» Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos a unos Jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda y poniéndola sobre mi cabeza me volví a ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (a mi parecer), más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus[8] cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro a mí, me dijo:

—¿Qué te parece agora de mí, Abindarráez?

Yo la dije:

—Paréceme que acabáis de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora dél.

Levantándose, me tomó por la mano y me dijo:

—Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.

Yo, sin la responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo: mas yo núnca mayor contentamiento recebí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó a dañar y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque al principio destos amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya no tenía mi conténtamiento puesto en ella, y mi alma hecha a medida de la suya. Todo lo que no veía en ella me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos

eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

EL rey de Granada, por mejorar en cargo al alcalde de Cártama, enviòle a mandar que luego dejase aquella fuerza y se fuese a Coín (que es aquel lugar frontero del vuestro), y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (sí algún tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, sólo bien mío y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; —Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis alguna vez memoria deste vuestro captivo?—Aquí las lágrimas y sospiros átajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me sueñan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un sospiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo:

—Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada a Coín, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, o por ausencia, o por indisposición suya (que ya deseo), yo te avisaré: irás donde yo estuviere, allí te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo: que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían; que todo lo demás muchos días ha que es tuyo—. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía.

Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra ella: Miraba tas ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme me sosternía; y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque

algunas veces, de verla alargar tanto me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercibime, y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes, por mostrar a mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo, porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, o la determinación del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Así que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí y el mal que tengo. Yo iba de Cártama a Coín, breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho), el más ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento, que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis sospiros, y no los juzgues a flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

ROdrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna. Si tú me prometes como caballero e volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar a sus pies, y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, sí vos esto hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mi me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

El alcaide llamó a sus escuderos, y les dijo:

—Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

Ellos dijeron que ordenase a su voluntad, y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: —¿Vos prometéisme como caballero de volver a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

El le dijo:

—SÍ, prometo.

—Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, y de otra cosa alguna, también se hará.

Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coín a mucha priesa.

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron a Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coín. Yéndose derecho a la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo, por ver sí había algo de qué guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza[9], que esta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora ha rato que os espera: apeáos, y subiréis donde está.

El se apeó y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió a recebir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto?

—Mi señora—dijo él—, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

—He querido, Abindarráez, que veais en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el día que os la dí por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto, según entiendo, será muy contra su voluntad: que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo. Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo qué daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa— y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dió un gran sospiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí, y le dijo:

—¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo a todas partes; pues sí yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿por quién sospiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y sí sirves otra dama, díme quién es para que la sirva yo; y sí tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré del.

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado sospiro, dijo:

—Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traía sufríale con buen ánimo cuando iba por mi sólo; mas agora, que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis sospiros se causan más de sobra de lealtad que de falta della; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.—Luego le contó todo lo que había sucedido, y al cabo la dijo:

—De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñasteis mi corazón a sufrir; mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama, con buen semblante, le dijo:

—No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo; porque a mí me cumple más; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiaste este negocio, que le obliga

agora a usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer lo mismo.

El Abencerraje le respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque, sí cuando venía a verme con vos, que iba por mi sólo, estaba obligado a cumplir mi palabra, agora que soy vuestro se me ha doblado la obligación: Yo volveré a Alora y me porné en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera—dijo Jarifa—que yendo vos a ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que lo cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.

El moro, llorando de contentamiento, la abrazó y le dijo:

—Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hagame lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo:

—Voy a Alora a negocios que tengo con el alcaide della, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.

Jarifa se holgó mucho de oir esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo:

—Decid, hermano, ¿sabéis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

—Muchas sé—dijo él—, mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor deste caballero, amaba a su marido tanto, que hacía poco caso dél. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron a una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole a unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse a acoger a una zarza; y el gavilán, como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió a la dama, y la dijo:

—¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata.

Ella, fingiendo no le conocer, le preguntó quién era.

—Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi; y comenzó a hablar dél muy altamente, tanto que a la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo:

—¡Pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues, mi marido me ha informado de su derecho.

Otro día adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle a llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dió crédito a ello; acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo eso, a la hora concertada, muy a recaudo, fué a ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir a aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la forma que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando por todos ellos le recebió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas, le dijo:

—Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis a mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas o verdaderas, os aprovecharán poco conmigo; mas agradecedlo a mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy.

Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo:

—Y cierto, señor, vos debéis a mi marido más que él a vos.

Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía a quien dél decía tantos bienes; y apartándose afuera, dijo:

—Por cierto, señora, yo os quiero mucho y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que a hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy más he de procurar la honra de vuestro marido, como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo. Y sin aguardar más, se volvió por donde había

venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, a mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió:

—Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera y pudo más con él la honra del marido que la hermosura de la mujer. Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego, llegaron a la fortaleza, y llamando a la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo a llamar al alcaide, le dijo:

—Señor, en el castillo está el moro que venciste y trae consigo una gentil dama.

Al alcaide le dió el corazón lo que podía ser, y bajó abajo. El Abencerraje, tomando a su esposa de la mano, se fué a él y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi señora; juzga sí he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos, y dijo a la dama:

—Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Y con esto se fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje:

—Señor, ¿qué tal venis de las heridas?

—Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algún dolor.

La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿heridas tenéis vos de que yo no sepa?

—Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

—Bien será—dijo el alcaide—que os acostéis y verná un zurujano que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jariſa le comenzó a desnudar con grande alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con un ungüento que

le puso le quitó el dolor; y de ahí a tres días estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer, el Abencerraje, dijo estas palabras:

—Rodrigo de Narváez: según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa. No quiso quedar en Coín, de miedo de haber ofendido a su padre; todavía se teme deste caso; bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano[10]; suplicote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo:

—Consoláos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere— y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así:

Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.

Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.



Uy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crió en Cártama, en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín; los enamorados; por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos días. El se fué a ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el

Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio dello viven. Suplico a tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que della siempre esperé.

EScripta la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey, se la dió: el cual, sabiendo cúya era, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

—Lee esta carta, que es del alcaide de Alora—. Y leyéndola recebió grande alteración.

El rey le dijo:

—No te congojes, aunque tengas por qué; sábete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego a Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los lleves a tu casa, que en pago deste servicio, a ellos y a ti haré siempre merced—. El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió a Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fué de todos recebido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza y le besaron las manos. El los recibió muy bien, y les dijo:

—No se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar—. El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

—Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes—. Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

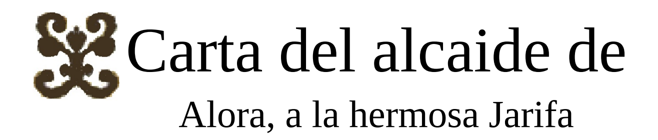
Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

—Hijos; agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate: antes le merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zaenes[11]; enviádselas y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarráez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarráez, al alcaide de Alora.

SI piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío me dejaste libre, engáñastete; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazón. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; y sí tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes[12], antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo: recebirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della.

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recebiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió a Jarifa así:



Carta del alcaide de Alora, a la hermosa Jarifa



Ermosa Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar el verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo, para ayudarle a defender de sus enemigos; y sí en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recebirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo; y también, señora, yo no acostumbro a robar damas, sino servirlas y honrarlas.

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las recebió y dijo:

—Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal.

DE esta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos,
y trabados con estrecha amistad,
que les duró toda la
vida.

Impreso en la noble
villa de Medina del Campo
por Francisco del
Canto

Año M. D. LXV.

DE esta manera quedaron los vnos delos otros muy satisfechos y contentos, y trauados con tan estrecha amistad, que les duro toda la vida.

Impresso en la noble villa de Medina del Campo, por Francisco del Canto

Año. M. D. LXV.

Notas

[1] *a los gajes del rey*: con sueldo del rey. **<<**

[2] *marlota*: vestidura morisca, a modo de sayo, con que se ciñe y ajusta el cuerpo. <<

[3] *albornoz*: especie de capa o capote con capucha. **<<**

[4] *darga*: adarga, escudo de cuero ovalado o con figura de corazón. <<

[5] *algarabía*: lengua árabe. <<

[6] La historia de Salmacis y Hermafrodito (llamado este último también Andrógino y Troco) se cuenta en el libro IV de las Metamorfosis de Ovidio: La ninfa Salmacis se enamoró de Hermafrodito, hijo de Hermes y Afrodita, cuando aquél se bañaba en la fuente que ella presidía; Hermafrodito la desdeñó y la ninfa pidió a los dioses que fundiesen sus cuerpos en uno solo, a lo cual los dioses accedieron. La identificación de Abindarráez con Troco y de Jarifa con Salmacis supone la superación del amor entre hermanos y el primer reconocimiento de un amor carnal. <<

[7] Narciso era un joven de gran hermosura del que todas las mujeres se enamoraban al verlo; el viejo Tiresias pronosticó a su madre que el joven viviría mientras no se viera a sí mismo; volviendo un día de caza, se vio reflejado en una fuente, se enamoró de su persona y murió ahogado en el agua. <<

[8] Zeus designó a Paris para que otorgara a la mujer más bella la manzana de oro que la Discordia había arrojado entre los invitados a las bodas de Tetis y Peleo. Paris resolvió la disputa entre Venus, Minerva y Juno entregándosela a Venus por ganar en belleza a las otras dos. <<

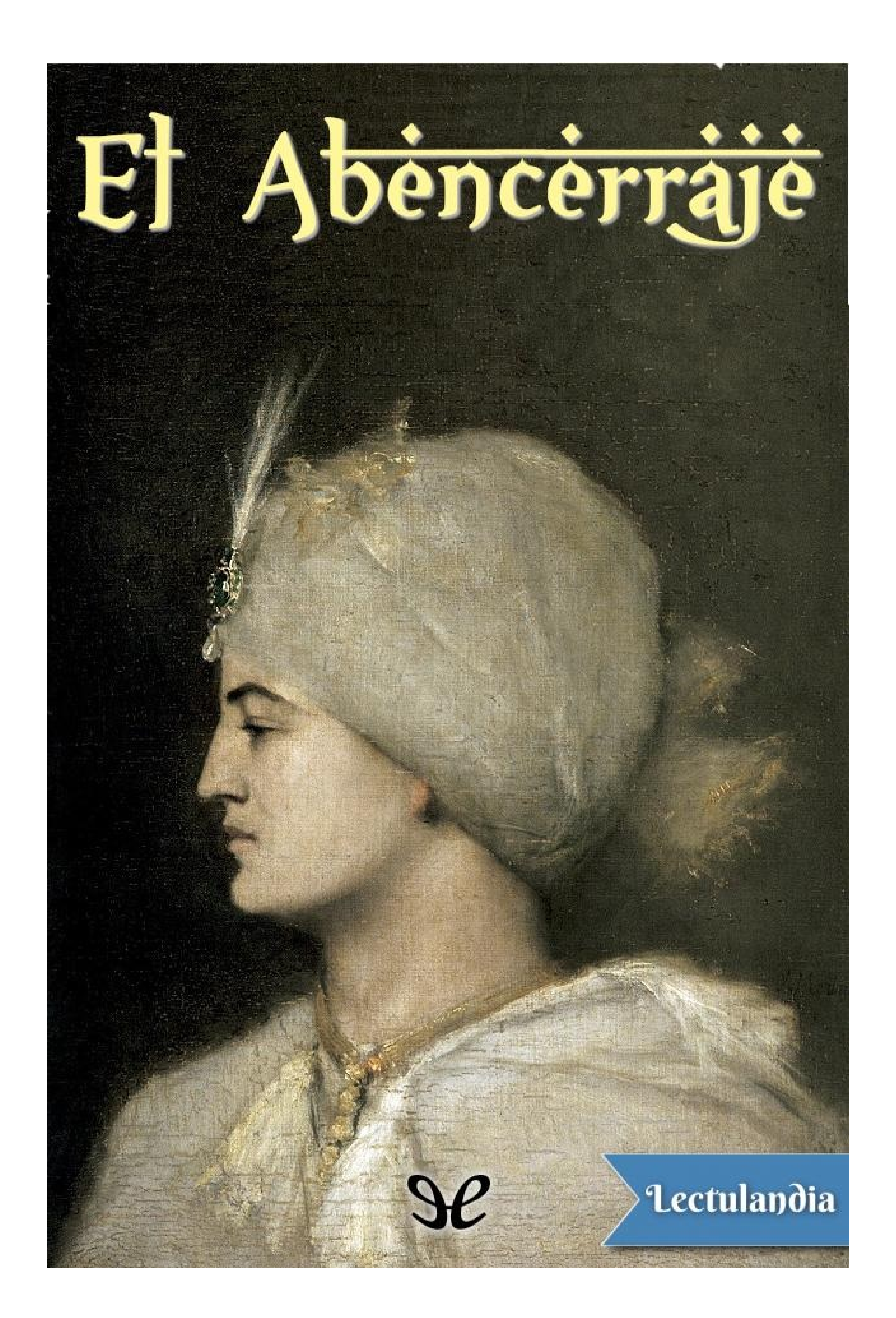
[9] *El cuento de la lanza*: el extremo opuesto a la punta. Como en el combate se le quebró la lanza de dos hierros, hemos de pensar que siguió su camino con la que le arrebató al caballero cristiano o, simplemente, que es descuido del narrador. <<

[10] La expresión *te ama el rey, aunque eres cristiano*, utilizada por Abindarráez, revela la fama de virtuoso que tenía Rodrigo de Narváez; un poco más adelante, el encabezamiento de la carta hace ver que la admiración es recíproca. El pasaje confirma las relaciones pacíficas y de respeto entre ambos dirigentes que pervivieron en la memoria colectiva. <<

[11] *doblas zaenes*: moneda árabe. En Castilla se acuñó en tiempos de Juan II y Enrique IV la llamada «dobla de la Banda», por llevar en el anverso el escudo de la Orden de la Banda. <<

[12] En el uso del verbo degenerar se advierte la preocupación por mantener la pureza de sangre de sus antepasados, inquietud similar a la de los cristianos que a mediados del siglo XVI leyeron la obra. <<

Índice de contenido


El Abencerraje
Lectulandia